

En 1928 Granada resurge: un gran movimiento comercial, el florecer de la industria azucarera, la multiplicación de casas y construcciones y la llegada masiva de turistas que se acerca de todos los rincones de España para adentrarse en sus Monumentos árabes y cristianos o para disfrutar de una Semana Santa singular, recomendada por las revistas de la época, viendo al Cristo del Salvador por el Albayzín, o el Cristo de la Expiración, el Cristo andaluz, (que derramando Misericordia visita a una Granada enmudecida). Ese año dos devociones de Granada, las dos más profundas devociones de esta tierra, se plasmaron en dos Cofradías de Semana Santa: La Cofradía de los Favores y la Cofradía de Santa María de la Alhambra, sucesora la primera de una Cofradía del siglo XVII, del Señor de los Favores y la segunda, de la Hermandad de las Angustias de María del Convento de San Francisco del siglo XVIII.

Debe verse a Granada, a las tres de la tarde del Viernes Santo, arrodillada año tras año en el Campo del Príncipe, rezando los tres credos y pidiendo con fe los tres deseos, cuando el lúgubre cornetín nos señala la hora de la tragedia y una campana redobla a muerte. Silencio de nuevo en Granada, en tarde de Viernes Santo cuando esperamos que estalle la tormenta o se rasgue el velo del Templo. Es el punto de encuentro, en el que coinciden las generaciones para llorar arre-



pentidas, para rezar esperanzados: la anciana que llevó hasta allí sus silla de anea, y el niño que hoy dejó de comer caramelos para sumarse al ayuno; el matrimonio que acaba de recorrer los Monumentos y el incrédulo que presume de su desgracia pero que, al fin, no puede dejar de bajar la cabeza y suspirar diciendo "Dios mío"; el enfermo que se asoma al ventanal y hasta el turista desde el lejano hotel, que apenas oye las palabras del Obispo.

Antes, con el tráfico cortado en el centro de la Ciudad, con los bares cerrados, con las mujeres de mantilla y los hombres con traje de paño negro o uniforme, con el postre de natillas o leche frita; ahora con el bullicio de la civilización, con las prisas, con la pereza de despegarse del televisor, con el pantalón vaquero o la zapatilla deportiva, quizás con el bocadillo bajo el brazo (rompiendo la norma) Granada acude al Señor de los Favores. Granada llora. Granada reza.

A la noche, desde San Cecilio, el Cristo de los Favores, que pasa todo el año en Santa Catalina, Titular de la Hermandad, convierte a la Ciudad entera en un gigante Campo del Príncipe, en su desfile en el que la dura piedra de Sierra Elvira es cambiada por la frágil madera (que fácilmente arde) y la frialdad de su figura en el centro de la plaza - por la imponente estampa de un hombre recién muerto, ensangrentado el aún tenso cuerpo, con sus rodillas dobladas y vencida la cabeza sobre el hombro. Por las calles del centro va oyendo plegarias que musitan pecadores y devotos y en su cuesta de San Cecilio y en la del Realejo (en su barrio), entre penitentes enlutados, confidencias de quienes viven con él todo el año. Cuando vuelve, en la madrugada, acompañado por la Virgen de la Misericordia, entre rojos de sangre y oros de eternidad (Virgen morena de la Granada más antigua), los balcones se abren de nuevo, igual que los corazones, y las gentes se agolpan en las aceras, igual que los sentimientos en el alma, y vuelve a rezarse al Cristo, que viene muerto en la Cruz del perdón y del amor, y a la Madre generosa que lleva atravesado el corazón por un puñal que todos le clavamos.

